

La diferencia de 157.000 francos está casi íntegramente compensada con los derechos de registro que el Estado percibió por la adjudicación al *Crédit Foncier*.

El edificio servirá únicamente para las clases. Poca cosa habrá que modificar : las salas para las mismas existen en los tres pisos que dan á una galería sobre el jardín; la capilla, muy vasta, se utilizará para los exámenes y para la clase de órgano.

En el jardín se levantará una construcción en que se instalarán la biblioteca, el museo y los archivos. Á la izquierda, con una salida especial sobre la calle de Edimburgo se construirá la sala de conciertos del Conservatorio : si la Sociedad de Conciertos se encarga de esa construcción, el Estado proporcionará el terreno y contribuirá con largueza utilizando la suma que destina cada año al alquiler de la Ópera Cómica para los Concursos. »

Tal es á grandes rasgos el proyecto presentado á la Cámara; he querido darlo á conocer, no olvidando que nuestro Conservatorio se reconstruye actualmente y esos datos pueden dar idea de las necesidades comunes á idénticas instituciones.

Al trasladarse el Conservatorio del lóbrego y vetusto edificio del Faubourg-Poissonnière al suntuoso de la calle de Madrid, todo el personal va á tener la impresión de que habita un verdadero palacio. No pensemos en tanto para el nuestro : conformémonos con que resulte adecuado y decoroso.

LOS CONCURSOS

DEL CONSERVATORIO DE PARÍS

París, Julio 15 de 1909.

Durante un período que abarcó casi la quincena del mes en curso, se efectuaron los ponderados Concursos del Conservatorio. Es sabido que, de algunos años acá, estos no se verifican en el plantel; se comprobó que la pequeña y modesta sala de Conciertos del vetusto edificio, era insuficiente para dar cabida al público, y desde entonces se alquila para el caso la bellísima Ópera Cómica que ofrece todas las ventajas de amplitud, comodidad y elegancia. Los Concursos han tomado así un carácter más mundial que escolar, se han convertido en verdaderas fiestas musicales que despiertan interés en el público y entre los artistas, y habrían adquirido mayor solemnidad si no fuese un hecho que la libertad de que aquí se goza para externar opiniones y protestar de las del jurado, suele provocar conflictos y escándalos que dan al traste con la seriedad de los actos. Desde el momento en que se consienten las manifestaciones del público y su indebida intervención aplaudiendo ó protestando,

parece que así se le otorga también el derecho de fallar, y de ahí que los naturales desacuerdos entre lo que cada cual piense y quiera y lo que resuelva el jurado, transformen aquel lindo templo de arte en verdadero campo de Agramante.

Después de una asistencia asidua á todos los Concursos he podido formarme idea cabal de su organización, de sus resultados, relativas ventajas y abundantes irregularidades. No es este artículo una información oficial; por eso no traslado á él los pormenores de mis notas; pero sí puedo consignar que los Concursos, considerados como actos solemnes, serios, estimuladores y de transcendencia artística, han dejado en mi ánimo una impresión generalmente desfavorable, y me han probado que lo que es bueno en principio puede resultar malo por la defectuosa manera de llevarlo á la práctica, complicada con el escaso escrúpulo de los jueces.

Mal podría declararme hostil á los Concursos considerados en lo que son y para lo que son; tiempo hace que por mi iniciativa fueron fundados en México y creí entonces, como ahora, en su relativa eficacia (día llegara, estoy seguro, en que el defectuoso sistema de exámenes y concursos se substituya por otro que ofrezca mayores garantías de comprobación, equidad y justicia); pero es que, á mí ver, acontece con los Concursos lo mismo que con las religiones: todas son buenas en principio, pero los hombres se han encargado de desvirtuarlas en la práctica... En el presente caso, una reglamentación defectuosa, las debilidades del jurado, el público mismo y hasta los influjos sociales y políticos han conspirado para nulificar un buen principio y una excelente fundación.

No habría creído en nada si los hechos que presencié no me indujesen á conjeturas y, en parte, me rindiesen á la evidencia. Indudablemente el público tuvo razón de protestar más de una vez — como yo protesté para mis adentros — y más de una vez también no pude reprimir mi asombro al ver confirmados los pronósticos públicos de la prensa y privados de mis vecinos

de butaca... ¡Cuántas ocasiones escuché la proclamación de recompensas injustamente adjudicadas, y cuántas ví los rostros compungidos y decepcionados de los pobres alumnos pospuestos!...

La explicación de muchos hechos semejantes pude dármela á la vuelta de tres ó cuatro asistencias considerando la regularidad de los fallos del jurado en relación con las indicaciones sugestivas que, en los programas, figuran adjuntas á los nombres de los alumnos; así, observé que regularmente se otorgaban primeros premios á quienes habían obtenido segundos el año próximo pasado, segundos á los que antes obtuvieron primeros *accessits*, y, por excepción, una que otra recompensa á los más resaltantes entre los que por vez primera afrontaban la prueba. Tal procedimiento sistemático me dió la clave del asunto, revelándome, además, que deriva de cierta restricción reglamentaria causante de verdaderas injusticias.

Esa regularidad de juicios, que ocasiona reales irregularidades, se hizo más sensible en los Concursos de Canto y Piano. Son estos de los más concurridos, discutidos y añadiría... reñidos, si el torneo fuese en buena lid.

Los Concursos de Canto no deberían llamarse así: legítimamente no son más que audiciones más ó menos lucidas en las que desfilan treinta ó treinta y cinco alumnos ejecutando una composición italiana, alemana ó francesa... que han estudiado durante todo el año. Aunque existen bellas voces y alumnos que manifiestan espléndidas condiciones, observé que la mayoría incurría en el defecto de *tremolar*, ignoro si por la emoción ó por defectos de escuela, y de ahí que esa mayoría desluciese; además, no todas las obras elegidas fueron de lo más adecuadas y del mejor gusto: hubo alumna que destrozó un severo trozo de Bach (*La Pentecôte*) y otras á quienes se les admitió para la prueba una insípida melodía de Saint-Saëns y un vulgarísimo fragmento de *Icanot et Collin* de Isouard. El veredicto del jurado se ajustó á la regla indicada y el tumulto que se pro-

dujo fué escandaloso : protestas, interjecciones, silbidos y gritos de ¡muera el jurado! ¡Delicioso, verdaderamente delicioso! Esto en pleno París, en el segundo teatro lírico y en un acto oficial...

Los Concursos de Piano provocaron conflictos semejantes, especialmente el de señoritas. En la clase de varones se impuso como prueba el conocido *Carnaval* de Schumann, tristemente amputado pues se suprimieron los números 2, 5, 8, 9, 13, 18 y 19; como trozo de lectura se señaló una poética *Hoja de Album* de Raúl Pugno. Á pesar de haberse abreviado así la obra de Schumann y no obstante la notable interpretación de algunos concursantes, no negaré que el hastío general que invadió al auditorio después de diez y seis ejecuciones fué completamente justificado; yo, que no soy grande amigo del piano, me hice cargo de la fatiga del público.

Raro fué entre los concursantes quien resultara francamente deficiente; en lo general todos mostraron la suficiencia de su técnica, corrección, talento y buen estilo; mas ninguno como un joven Ramondou, en quien, á esas cualidades, se adunó la revelación de un verdadero temperamento artístico, de un temperamento sensible, poético, vibrante, admirable, en suma, y que presagia una carrera de indudables triunfos. Á pesar de que el alumno había ganado solo un primer *accessit* en 1907 y concurreció sin éxito en 1908, el jurado rompió con su regla convencional y le otorgó el primer premio, pero — el pero de rigor — concedió también la misma recompensa á otros dos que le fueron notoriamente inferiores, y así desvirtuó mucho su justiciero fallo.

El primer premio solo consiste en un diploma y una medalla de plata; pero el alumno cuyo nombre se proclama primero recibe igualmente un buen piano de cola obsequio — no del Gobierno, como en México — sino de la conocida casa constructora Erard. Ese premio no fué otorgado á Ramondou : hasta ahí no podía quebrantarse la regla...

El Concurso de piano de las clases de señoritas fué, quizás, más interesante y mucho más laborioso que el anterior : concurrecieron 31 alumnas y ese mismo número de veces se escuchó la pieza de prueba, las *Variaciones en mi bemol* de Beethoven y un vulgarísimo trozo de lectura, original de Diémer.

No obstante que la obra elegida no me parece de lo más adecuada para los temperamentos femeninos, justo es consignar que la mayoría triunfó en ella y supo interpretarla, aunque sin poder evitar ciertas exageraciones hijas de un sentimiento generalmente ficticio. ¡Cosa rara! fueron las alumnas más jóvenes las que, además de vencer heroicamente las dificultades técnicas, hicieron gala de mayor espontaneidad y corrección. Esto hizo escribir á un temido crítico la siguiente justa reflexión : « Pianísticamente, el nivel de las clases se acusó de todo punto superior. Las alumnas de Cerbot brillan por un cuidado de armoniosa elegancia, las de Philipp y Delaborde por su estudio de acentuación enérgica. Todas tienen una técnica sorprendente, dedos ligeros y un *toucher* exquisito. Las que tienen 20 años tocan bien ; las que tienen 15, mejor, y las que tienen 11 superiormente. Espero con impaciencia que se presente una concurrente de 5 años : esta superará á sus maestros. »

El jurado otorgó uno de los primeros premios á una encantadora jovencita de 11 años : pero la niveló con otras tres, en rigor inferiores, dejó en segundo término á algunas bien dotadas y sólo concedió primer *accessit* á Mlle Hubert, admirable intérprete de 14 años, quien, salvo deficiencia en la lectura, mostró más talento, habilidad y distinción que quienes obtuvieron el segundo premio. A propósito de la prueba de lectura, observé que el jurado le concede una importancia exagerada ; si hubiese sido más benigno á ese respecto, considerando que no se pueden exigir todas las cualidades de un músico á esas jovencitas de tan tierna edad, habría conjurado más de un aparente fracaso. Ya he dicho que los conflictos escandalosos se repitieron, y fueron tantas las protestas y tan punible la actitud

del público que al siguiente día, antes de proclamar las recompensas de las clases de violoncello, Fauré, Director del Conservatorio, se dirigió á la concurrencia diciendo lo siguiente :

« En razón de lo que pasó ayer y esta mañana advierto al público que, si tales hechos se reproducen, levantaré inmediatamente la sesión, y los resultados del concurso se anunciarán mañana á las nueve en la puerta del Conservatorio. »

Esta amenaza pareció surtir su efecto : en los subsecuentes Concursos fué mucho más correcta la actitud del público, y ya fuese porque la asistencia disminuyó en las restantes pruebas instrumentales ó porque se redujo el número de interesados, cesaron las hostilidades y los actos se verificaron sin tropiezo.

Excelente impresión me dejaron los Concursos de instrumentos de aliento — madera — y algo inferior los de instrumentos de arco. Los primeros se celebraron el Domingo 11 del actual, por mañana y tarde, y según el siguiente orden :

FLAUTA. — 10 concursantes. — Trozo de Concurso : una inspirada *Egloga* de Mouquet, y para lectura un fragmento del mismo autor.

OBOE. — 8 concursantes. — Trozo de Concurso : *Balada* de Wormser. — Para lectura : fragmento de Caussade.

CLARINETE. — 9 concursantes. — Trozo de Concurso : *Fantasia Appassionata* de Reuschel. — Para lectura : Trozo de Enesco.

FAGOT. — 9 concursantes. — Trozo de Concurso : *Recitado y Tema variado* de Büsser. — Para lectura : Una página de G. Hue.

Es evidente que las clases de aliento-madera deben contarse entre las que más honran al Conservatorio. Refiriéndome á esos instrumentos he ponderado en varias ocasiones las excelencias y superioridad de la escuela francesa, que puede vanagloriarse de producir los mejores artistas en cada ramo de aquella enseñanza; hoy no me resta más que confirmar tal juicio en

vista de los resultados que palpé en los Concursos. Conjeturo que el jurado debe haberse encontrado comprometido para fallar en justicia y por eso se atuvo más que nunca á la consabida regla, como base de sus juicios, no sin rendirse ante los méritos generales de los Concursantes, y otorgar recompensas y distinciones á casi todos. En la clase de Flauta, fueron nueve los agraciados : seis en la de Oboe, siete en la de Clarinete, y la totalidad en la de Fagot.

He dicho antes que los Concursos de instrumentos de arco me produjeron inferior impresión; esto no significa que haya sido mala ni mucho menos. Las clases de Violín son también notables en el Conservatorio, no obstante que no están eslabonadas por la identidad de escuela; cada profesor posee su sentimiento propio y este se refleja claramente en los Concursos; es evidente que las cualidades técnicas y de estilo de los alumnos remontan al profesor, aquí, como en México y en todas partes, y es lógico que en estos actos las diferencias de procedimientos y de estilo se observen sin el menor esfuerzo. Entre los 35 concursantes que hicieron oír, saborear... y hasta abominar el *Andante* de la 3ª *Sonata* de Bach y el *Final* del *Concierto* de Mendelssohn, las discrepancias de todas clases, no solo de interpretación sino aun de ritmo y movimientos, imprimieron justamente interés al acto que se prolongó durante más de siete horas. Si el veredicto del jurado no satisfizo á la mayoría, debe haber sido halagador, por lo menos, para los veinte alumnos á quienes se otorgaron recompensas.

Poco tendría que consignar respecto de los Concursos de instrumentos de latón; salvo algún cornista de talento y un trompetista que ejecutó notablemente su trozo de prueba — una bonita composición de Chapuis — los restantes (cornetistas y trombonistas) no me parece que sobrepasen el nivel de la mediocridad.

Y he aquí reseñados á grandes rasgos los celebrados Concursos del Conservatorio de París. No negaré que, al palpar los

buenos resultados de algunas enseñanzas encargadas á excelentes profesores, me sentí ligeramente presa de un sentimiento de natural envidia ; pero consoléme bien pronto reflexionando que nuestros esfuerzos habrán de conducirnos al progreso y al apogeo, de manera lenta, pausada y, por eso, más sólida. Pensé también con cierto orgullo en que nuestros Concursos, modestos y no afamados como los de este Conservatorio, han probado la rectitud y conciencia de los jurados, la sumisión disciplinaria de los educandos y la cultura y educación del público. ¿Se podría deducir lo mismo de lo que yo he presenciado en la Capital del mundo ?

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozoya

PROFESORA DE CANTO.

INGRATITUD

Un diario ha publicado recientemente un sentido artículo conmemorando la muerte de nuestra insigne artista Angela Peralta, y tributando á la que tanto sufrió en su existencia, el más justo y merecido de los homenajes. Como quiera que encuentro fundadísimas y verdaderas las observaciones contenidas en el referido artículo y abundo absolutamente en las ideas del escritor, voy á transcribir algunas de ellas y á comentarlas en seguida, satisfaciendo así el deseo acariciado largo tiempo há de consagrar un recuerdo á la excelsa artista y á su venerada memoria.

El artículo publicado á últimas fechas en *El Popular*, es como sigue :

« En el cielo de la historia del arte nacional se destaca, como límpida estrella de primera magnitud, el nombre glorioso de la diva Angela Peralta.

« La sombra y el polvo del tiempo caen más espesos y más pronto sobre el nombre de los artistas que sobre el de cualesquiera otros que alcanzan el renombre de la fama, las palmas de la victoria y los laureles de la gloria.

« Tal vez será porque el sacrificio del artista es menos meri-

torio, porque se oculta más á los ojos del vulgo entre el estruendo glorioso de sus triunfos y la lluvia de flores y laureles que cae sobre ellos, ó porque, como en efecto sucede, toda la gloria que puedan alcanzar la disfrutan en vida, aunque no siempre vean su trabajo bien remunerado, ni coman con tranquilidad el poco ó abundante, dulce ó amargo pan que ganan.

« ¿Será acaso también por ingratitud, uno de los defectos más grandes y comunes de la humanidad, por no esperar ya más que goces artísticos del artista muerto? »

La respuesta vacila en brotar de la pluma del articulista; pero á poco andar ofrécenosla tan atinada como desconsoladora y tal cual la justifican los tristes hechos que todos conocemos y no intentamos modificar.

Escuchémosla :

« La Peralta, á pesar de la excelsitud de su genio y de su gloria, no ha escapado á la triste indiferencia de los artistas mexicanos, tan parecida á la indiferencia de los hijos con los restos de sus padres que no pudieron dejarles más que su nombre. Ni conmemoran la fecha de su muerte, ni llevan un ramo de flores á su sepulcro, ni su sepulcro visitan siquiera. »

Expliquémonos ahora con algún detalle é inquiramos la causa de ese desdén, de esa ingratitud y de tan soberana injusticia.

Á mi juicio, todo ello procede de ciertos defectos peculiares de nuestra raza y de nuestra organización social; es manifestación de nulo patriotismo y fruto de escasa cultura.

*
**

El egoísmo, la envidia, las malas pasiones y la falta de unión social, y mucho más artística, constituyen los defectos capitales de nosotros los buenos mexicanos. Poco ó nada nos concedemos mutuamente y en nuestra vida artística jugamos constantemente á juegos de prendas, rescatándolas á cambio de favores

y desfavores. Es así como equilibramos nuestros sentimientos : á cambio de la lisonja arrancada á la fuerza ó por compromiso, escuchamos la protesta inmediata, la blanda negativa, la frase dulcemente insidiosa que cuando no puede lastimar la reputación artística va directamente á herir y á difamar, á descubrir secretas llogas y á empañar honras purísimas.

¡Cuántas veces mis lectores habrán escuchado ó sostenido diálogos como los siguientes ! Tropieza Vd. en una reunión con un desconocido que á quemarropa le lanza esta interpelación :

— ¿ Conocía Vd. á X, el pianista que acabamos de escuchar? »

— No, su reputación no me era desconocida; pero hasta hoy no había tenido el gusto de escucharle, y le confieso á Vd. : lo encuentro admirable. ¡ Qué deliciosa interpretación, qué estilo tan perfecto, tan depurado, tan elegante... !

— ¡ Cómo ! — interrumpe el interlocutor — ¿ realmente encuentra Vd. tantos méritos en X? Yo, diré á Vd. la verdad, no se los niego absolutamente; convengo en buena parte con la opinión de Vd., aunque me parece algo apasionada; pero... creo que todo ello es más bien fruto del estudio, de la tenacidad, del trabajo y no del talento. Además, ¡ es una lástima ! (aquí cuasi un suspiro y una mueca de compunción) ¡ es una lástima ! ¡ Qué ! ¿ no sabe Vd...? El pobre X es una víctima del vicio... (En voz baja). Se dice que se ha entregado al de Baco de una manera deplorable... es raro que le veamos en su juicio cabal... y ¿ quién sabe...? Ya considerará Vd. ¡ es una lástima ! por que ¿ qué interpretación, qué estilo... !

Y el desconocido se aleja murmurando admiraciones y reanudando á pocos pasos su diálogo con otro bienaventurado concurrente.

Á poco andar se entera Vd. de que su amable interlocutor es un modesto profesor de piano tan escaso de talento como de discípulos...

Citemos otro ejemplo que es casi copia del natural, lo garantizo.

Se estrena una ópera de un compositor mexicano. Al concluir el primer acto, tropieza Vd. en el pasillo con dos, tres ó cuatro amigos que comentan favorablemente la labor musical del compositor. Inesperadamente tercia alguien, que para Vd. es un desconocido, y quien sin disimulo, sin educación y en actitud iracunda, exclama :

— ¡Vamos, señores, es increíble que Vdes. sostengan tales opiniones! ¡Cómo se comprende que nadie de Vdes. ha viajado por Europa! En cualquiera de los centros europeos éste habría sido el gran fracaso : ni en uno de provincia se habría tolerado el mamarracho. Están Vdes. cegados por la patriotería... ésto no es música ni cosa que se le parezca : por su vulgaridad apenas si tal obra podría figurar en un teatro de zarzuela... ¡Vamos, vamos, Vdes. no han viajado, no conocen, no pueden juzgar..!

Pretende Vd. huir de aquel chubasco de improperios lanzados á la obra de un compositor á quien estima y respeta, cuando alguno de los presentes le detiene para reparar una inadvertencia :

— Un momento. Aguarde Vd. y dispéñeme : tengo el gusto de presentarle al maestro Z, autor de la zarzuela *Los cucurbitáceos*.

Hace Vd. una forzada genuflexión, toca la punta de los dedos de aquella mano gloriosa... y, atando cabos cae Vd. en la cuenta de que el maestro Z es el mismo que soportó el más escandaloso *meneo* en sus ensayos del género chico...

En el segundo entreacto comenta Vd. con alguien y alaba con calor el talento y las dotes de la soprano, una deliciosa jovencita mexicana, brotada de humilde familia, y lanzada al teatro por legítima vocación artística y por necesidades materiales. Pacientemente es Vd. escuchado por el amigo á quien Vd. se dirige y á quien reputa inteligente por sus antecedentes de *amateur* delirante del *bel canto*. Este, á quien llamaremos R, vacila antes de emitir su opinión ; tose, escupe, sonríe malicio-

samente, compónese el nudo de la corbata, acomódase el *monoclo* denunciador de su alta prosapia, y, manifestando su conformidad con los juicios de Vd., añade tan sólo estas palabras :

— En efecto, es preciosa la voz de Enriqueta, tan preciosa como ella ; pero ¡ qué pronto va á dar al traste con su espléndido órgano vocal ! Ya ha comenzado á dar el escándalo ; supongo que estará Vd. enterado de que su ingreso al teatro fué originado por un despecho amoroso que ha comenzado á olvidar en brazos del tenor, ese barbilindo que trae perdido el seso á más de cuatro locuelas de nuestra aristocracia... Con esa vida ¡ figúrese Vd. la duración que alcanzará tan exquisita voz... !

Afortunadamente, la campanilla pone punto final á tales comentarios que no son más que triste exhibición de una de tantas miserias humanas...

*
**

Si para lo que atañe á nosotros mismos ó á nuestro amor propio, el patriotismo de los mexicanos no reconoce límites, olvidámoslo bien pronto y en lo absoluto para aquilatar los méritos ajenos. Pesa en la conciencia de todos la persuasión de que en México nada se puede producir en la esfera del arte serio y elevado y de que, nuestros llamados talentos, considerados en la acepción lata, no son más que manifestación de una superioridad tanto más relativa cuanto más bajo es entre las masas el nivel intelectual y artístico, de tal suerte que, frente á frente de una celebridad europea, habríamos de sonrojarnos y humillarnos.

Estas consideraciones injustas y sólo aceptables con restricción, son las que ocasionan el desdén por todo lo nacional ; la indiferencia por todo lo que, bueno ó malo, es fruto de nuestros antecedentes y del medio en que vivimos ; y esa predisposición altamente censurable porque pugna con el alentador estímulo, sin el cual las Artes no serían más que un mito.

Débase ser imparcial y justiciero; débense reconocer y ponderar los grandes, inmensos méritos de los artistas superiores á quienes, no sólo Europa, sino el mundo entero, rinde pleito homenaje, sin desconocer los de los nuestros, que no por ser modestos dejan de destacarse y aún de brillar como pequeñas constelaciones en el mundo del Arte.

Á fuer de nobles ambiciosos anhelemos, sí, nivelar nuestros progresos con los que otros países han conquistado, no solamente en artes, sino en ciencias é industria. Esa ambición, lo repito, es noble y es plausible; pero no seamos injustos: reconocamos el talento de los nuestros, sus esfuerzos frecuentemente heroicos y el desinterés de sus aspiraciones. Y ya que tanto nos atraen y tanto nos seducen — con entera justicia, sea dicho entre paréntesis — las grandes manifestaciones de cultura de los europeos, procuremos imitarlos, ante todo, en el exaltado amor que profesan por lo que les pertenece; en el sentimiento de ferviente admiración que, con orgullo, ostentan por los creadores de esa cultura intelectual; en los homenajes que rinden lo mismo al filósofo que les ha redimido, que al sabio cuyos consejos han explotado ó al artista que les ha conmovido con el estro de su inspiración.

Á la mayoría de sus grandes hombres ha tributado en vida Europa culto y admiración; de todos, puédesse asegurar, ha perpetuado la memoria en bellos y suntuosos monumentos. Y no solamente en capitales de primer orden como París, Berlín y Viena — ésta principalmente, que puede jactarse de poseer los mejores consagrados á los grandes maestros de la música — sino en poblaciones de inferior categoría y en provincias, cuya enumeración absorbería exagerado espacio.

Hasta la fecha, México apenas se ha ocupado — y esto de bien mezquina manera — en inmortalizar á sus héroes guerreros, olvidándose por completo de los obreros de la inteligencia, de los altruistas, de los mártires del arte y de la ciencia que cñeron en otro tiempo frescos laureles y á quienes hoy el cincel

podría abstraer del más injusto é incalificable de los olvidos.

Al imitar en esto á los europeos procederíamos cuerdamente y rechazaríamos con fundamento la nota de ingratos que, hoy por hoy, siento decirlo, merecemos á todas luces.

La artista á cuyo recuerdo han brotado mis reflexiones, la insigne Angela Peralta, por quien siempre he experimentado la más profunda admiración, fué víctima resignada de nuestros defectos sociales, de nuestro antipatriótico desdén y de nuestras continuas veleidades; no conoció más goces que los del arte y los del triunfo, y aun este, que era tan legítimo, volvióle alguna vez las espaldas. No siempre fué justiciero el público con ella, y después ha sido ingrato. Pues bien, reparemos esa injusticia y esa ingratitud; abramos una subscripción nacional para levantar un grandioso monumento consagrado á la memoria de la excelsa artista y pidamos á quien corresponda que figure en primer termino frente por frente del Teatro Nacional proyectado.

¿Qué inscripción más adecuada para ese monumento, que las palabras de admiración entusiástica dirigidas por Lamperti á la inolvidable Angela?

ANGELICA DI VOCE E DI NOME

e di cuore, añadiría yo... y creo que conmigo México entero.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO

EL MUSEO « BEETHOVEN »

EN BONN

Entre los recuerdos más palpitantes é inolvidables de mi viaje por Alemania, conservo emocionado el de la visita que hice á la modesta y casi miserable morada en que vió la luz primera el más grande é ilustre de los compositores.

Al siguiente día de mi arribo á Colonia, tomé el tren *expreso* que conduce á Bonn, á donde se llega en unos 40 á 50 minutos aproximadamente. Para el objeto de mi excursión fué en vano que consultara al Bædecker, el utilísimo guía de todos mis viajes, y hube de recurrir á mil medios para expresar mis deseos á varios complacientes transeuntes, cuyas indicaciones atendía según mi leal entender, caminando por calles y callejuelas hasta lograr desembarcar á la Plaza de la Catedral, que ostenta el hermoso monumento consagrado á Beethoven en 1845. De ahí es menos dificultosa la orientación : con ayuda de un gendarme y de un amable vendedor de tarjetas postales, pude dar al fin con la casa natal de Beethoven, convertida actualmente en Museo, y situada en el núm. 20 de la Bonngasse, á pocos pasos de la Plaza del Mercado. Es esa una estrecha callejuela, esencialmente

comercial, y de aspecto triste y anticuado. En un zaguán amplísimo y de anchura desproporcionada, léese la inscripción : *Casa de Beethoven*, y, en medio de la fachada, la siguiente, inscrita en una lápida de mármol blanco :

EN ESTA CASA
NACIÓ
LUIS V. BEETHOVEN,
EL 17 DE DICIEMBRE DE 1770.

La tardía determinación de la casa en que vió la luz primera el ilustre Maestro fué, por largo tiempo, objeto de controversias y de indecisiones provocadas por hechos mal analizados. Parece increíble que una averiguación sobre el particular no se hubiese abierto entre los habitantes de Bonn, sino después de transcurridos cerca de veinte años de la muerte de Beethoven, y que, más tarde aún, la averiguación no se tramitase de manera oficial. Sin embargo, fué así, y he aquí los principales datos que lo comprueban :

Cuando Beethoven murió en 1827, existían cuatro casas en Bonn, que se señalaban como natales del gran compositor. Estaban situadas respectivamente en la Rheingasse, la Wenzelgasse, Auf der Brücke y en la Bonngasse. Empero, necesitáronse pocas investigaciones para limitar la cuestión á dos casas : la de la Rheingasse, cerca del río, que llevaba el núm. 934 — demolida actualmente — y la de la Bonngasse, que llevaba antiguamente el núm. 515, y hoy el 20, cerca de la Plaza del Mercado, en el centro de la ciudad. La primera se tuvo generalmente por legítima durante los diez años posteriores á la muerte de Beethoven. Así aparecía descrita en los libros-guías y, la mayoría de los residentes que recordaban al grande hombre, asociaban su recuerdo con el de aquella casa. Gracias al Doctor Wegeler, uno de los amigos de Beethoven en su juventud, comenzóse á hacer la luz. Opacóse la importancia concedida á la casa de la

Rheingasse y se fijó como verdadero el hecho de que la familia Beethoven habitaba en la Bonngasse en 1770. Esto quedó demostrado en una polémica sostenida en el « Cœlnische Zeitung » en 1838. Parecía que no podía apelarse á ningún documento oficial, con excepción de los registros parroquiales, y éstos demostraban que Beethoven había sido bautizado en la parroquia de San Remigio el 17 de Diciembre de 1770, de lo cual se deducía que había nacido en las pertenencias de esa parroquia. Fundaban en ésto sus argumentos quienes señalaban como natal la casa de la Rheingasse, pues que ésta pertenecía, por su situación, á la parroquia indicada, en tanto que la Bonngasse dependía de la de San Pedro en Dietkirchen.

La evidencia del hecho resaltaba por el testimonio de una antigua hilandera que vivió en la casa durante toda su vida, que era ocho años y medio mayor de edad que Beethoven, y que le recordaba cuando estaba en su cunita, y más tarde, siendo aún un pequeñuelo, sentado en un pequeño banco delante del piano.

No obstante, el Dr. Wegeler pudo demostrar, con testimonio de algunos viejos habitantes y de un sacerdote que había sido cura de la parroquia de San Remigio, que Bonn había sufrido una reorganización eclesiástica en 1806, por la cual la Bonngasse quedó bajo la dependencia de la parroquia de San Pedro en Dietkirchen.

Procuróse, además, el Dr. Wegeler unas copias certificadas de tres listas subscriptas por los vecinos de ambas calles, en cuyos documentos se proponía la fundación de una casa parroquial en el cuartel de San Remigio. Las listas llevaban las fechas de los años 1769, 1770 y 1771, y en la primera y tercera de ellas figuraba el nombre del abuelo de Beethoven, con su designación oficial de maestro de capilla. En la segunda aparecía solamente el nombre : « Herrn von Beethoven »; pero en todas con el carácter de vecinos de la Bonngasse. Ese « Herrn von Beethoven » era seguramente el padre del compositor puesto que no gozaba de título alguno al figurar sólo como cantante de

la Capilla Electoral, dirigida por su padre. No aparece el nombre de Beethoven en la lista de Rheingasse y si el del inquilino de la casa, un panadero llamado Fischer, padre de la hilandera que creía evocar el recuerdo del niño Luis reposando en la cuna. Todo se aclaró más tarde, demostrándose que, efectivamente, la familia Beethoven ocupó una habitación en la casa, pero no en 1770 sino en 1775.

El pequeñuelo á quien se refería la hilandera, era un hermano menor del compositor, nacido en la mencionada casa.

Cuando en 1845 se efectuó la inauguración de la estatua de Beethoven en la Plaza de la Catedral, el secretario del comité hizo un resumen de la polémica provocada por el Dr. Wegeler, pero á despecho de tal celebración no se hizo gestión alguna para poner á la casa alguna indicación conmemorativa. La lápida de mármol, á que antes me he referido, se colocó en 1870, al celebrarse el centenario de la muerte del maestro.

Después de transcurridos cerca de cien años desde la época en que Beethoven se alejó de Bonn para siempre, la casa quedó en poder de propietarios particulares, quienes no tuvieron escrúpulo en alquilarla para los más innobles usos. Por algún tiempo se destinó á expendio de cerveza y, en el jardín interior, se construyó una sala en la cual se daban conciertos de ínfima categoría. Para dar á éstos mayor importancia, el empresario no vaciló en anunciar pomposamente que se verificaban « en la casa en que Beethoven había nacido. »

Es esto tan exacto que, cuando, en 1883, visitó la casa el distinguido artista español D. Mariano Vázquez, expuso sus impresiones en una curiosa carta de la cual extracto el párrafo pertinente.

Describiendo la casa de Beethoven, dice Vázquez lo que sigue : « Á la placa exterior se reduce todo lo que corresponde á Beethoven, y lo demás es bastante prosaico. Un portal á la derecha, que da ingreso á un patinillo, y en el fondo de éste una puerta sobre la que se lee : *Varieté-Theater*, que á juzgar por lo

que manifiesta por afuera, no debe ser arte sublime el que allí se cultiva; á la izquierda un *restaurant* de orden inferior, cuya muestra ocupa el ancho de la fachada con esta inscripción: 20. *Restauration von Heinrich Blech*. 20. En los cristales un cartel que dice: *Lager-Bier-Wein-Kafee*, es decir, que se vende vino, cerveza y café. En el cuarto principal, una muestra saliente en forma de banderín, pintada de azul ultramar, con dos botas dibujadas en contorno blanco, y el nombre del remendón: *H. Hubrach*. Quedéme estupefacto, sin saber qué pensar y no acertando á compaginar la estatua de bronce con el zapatero de viejo. Algo me he aquietado después, cuando, al manifestar mi extrañeza, me han dicho que hay otra casa en Bonn que también pretende ser la cuna de Beethoven, y los sabios no han podido aún dilucidar cuál de las dos es la auténtica; pero hasta tanto han debido suprimir la lápida de mármol, ó el zapatero y demás inquilinos. »

La cuestión ha tiempo que se dilucidó y la reparación se llevó á efecto. Por lo demás, son frecuentes en todo el mundo las irreverencias cometidas con esas casi reliquias históricas.

Estupefacto quedéme también al ver el abandono en que yace en Viena la casa en la cual Beethoven exhaló el último aliento, las transformaciones que ha sufrido la natal de Wagner en Leipzig, y los usos á que se ha destinado la que albergó en Nüremberg al ilustre Hans Sachs.

En 1889 formóse una sociedad para adquirir la casa de Beethoven y fuele adjudicada por la suma exagerada de \$ 14,000 oro.

La sociedad se esforzó en renovarla para su conservación, suprimiendo cuanto había sido añadido y reintegrando lo que, después de suprimido, se conservaba aún. Todo esto fué llevado á término con escrupulosa piedad, y, en mayo de 1890, abrióse el Museo al público, celebrándose esa apertura con un festival de música de cámara de Beethoven, encabezado por Joachim, presidente honorario de la sociedad.

Sería poco menos que imposible la enumeración pormenori-

zada de todos los objetos que guarda el interesantísimo Museo de Bonn; cada pieza, cada instrumento, cada manuscrito y cada pintura, envuelven un recuerdo importante y viviente del grande artista y habría que hacer mención de todos para satisfacer la curiosidad del lector. Desgraciadamente ese procedimiento envolvería al análisis y descripción de todos los números que componen el catálogo, y éste consta de 360, número relativamente crecido para describirse dentro de los límites del presente trabajo.

Voy, pues, á entresacar de mis apuntes aquello que principalmente lo merezca por su curiosidad é importancia biográfica ó histórica.

Llama desde luego la atención la colección de retratos — pinturas y litografías — de los principales miembros de la familia Beethoven y allegados ó contemporáneos del maestro. Figuran en primer lugar los retratos del Maestro de Capilla Luis von Beethoven, abuelo del compositor, y de la madre del mismo Magdalena Keverich. Esta pintura permaneció durante largos años en poder de un coleccionista de Bonn, y su autenticidad se comprobó por la descripción fisonómica trazada en el manuscrito del panadero Fischer.

La madre de Beethoven contrajo matrimonio á los 17 años con Juan Laym, sirviente del Elector de Treves y, á la muerte de aquel, casó en segundas nupcias con Juan von Beethoven, tenor de la capilla del Elector de Colonia. Se supone que el retrato es obra del pintor Casper Benedict Beckenkamp.

Otro retrato interesantísimo es el de la condesa de Brunswick. Por largo tiempo se creyó que ciertas cartas amorosas de Beethoven, impregnadas de ardor y de pasión, habían sido dirigidas á la Condesa Guiciardi; pero, debido á las investigaciones de Thayer, el mejor biógrafo de Beethoven, descubrióse que la elegida por el maestro habíalo sido la condesa de Brunswick. La pintura en cuestión detalla las líneas de una fisonomía atractiva, llena de castidad y de dulzura.

Otra colección que inspira atractivo é interés excepcionales es la de retratos al óleo, grabados y modelados de Beethoven tomados en distintos períodos de su vida. Existen de ellos más de cien ejemplares que representan al compositor en su juventud, prevaleciendo los que se tomaron en su edad madura, cuando ya un nimbo de celebridad circundaba su faz. El que se reputa como mejor por su estricta fidelidad, es uno tomado en Viena en 1814 por el dibujante Hofel, so pretexto de corregir un grabado trazado por el artista francés Latronne. Contra su costumbre, Beethoven había consentido en *posar* por algunos minutos; pero á la vuelta de unos cuantos, abandonó su forzada postura y, olvidándose de su promesa, lanzóse al piano y se entregó en alas de su exuberante inspiración. El dibujante aprovechó la oportunidad; acomodóse en lugar inmediato al instrumento y pudo trabajar á su sabor sin que Beethoven se diese cuenta de que había alma viviente en el aposento. El maestro tuvo siempre preferencia por este retrato, y de él mandó una copia en 1815 á su íntimo amigo Wegeler, de Bonn.

La fidelidad del grabado está comprobada por la mascarilla en yeso tomada en vida de Beethoven y por la que se modeló dos días después de su muerte. Ambas mascarillas, que figuran igualmente en el Museo, son de incalculable valor, especialmente la segunda, que permite observar los crueles estragos operados por la enfermedad en el rostro del inmortal maestro. Puedense ver en ella las huellas de las mutilaciones hechas en los oídos por los cirujanos con el afán de descubrir en la autopsia los orígenes de la sordera que por tantos años afligió á Beethoven.

Á propósito de tan cruel enfermedad, viene al caso mencionar la curiosísima colección de bocinas que guarda el Museo de Bonn, colección que perteneció á la Biblioteca Real de Berlín y fué donada á ese por el actual Emperador de Alemania.

Componen la colección cuatro bocinas de diferentes formas y

dimensiones, ideadas y construidas por el mecánico Maelzel, inventor del metrónomo é íntimo amigo de Beethoven. La más pequeña, cuya forma cónica es la común en las trompetillas, fué la que por más tiempo sirvió al maestro para su uso diario. La mayor, cuya forma y dimensiones sorprenden, serviale para escuchar sus improvisaciones en el piano, colocando su parte resonadora sobre las cuerdas y el otro extremo afianzándolo al oído por medio de un arillo flexible de metal. La contemplación de ese instrumento causa una emoción que mueve al llanto: no son de tortura como los espantosos que conserva el Museo inquisitorial de Nüremberg, pongamos por caso, y evocan sin embargo el recuerdo de una de las torturas más crueles y dignas de compasión...!

El Museo de Bonn guarda también el último piano de concierto de Beethoven. Es éste un instrumento de cola, relativamente hermoso, y fué fabricado *exprofeso* para el maestro por el fabricante Graf, de Viena. Tiene de original en su construcción la particularidad de que, en la mayor parte de su diapason, los sonidos se producen por un haz de cuatro cuerdas al unísono. En ese piano improvisaba Beethoven, y para facilitarle la audición, ideó Maelzel, aparte del uso de la bocina antes mencionada, la aplicación de un resonador, en la forma de las *conchas* para apuntar usadas en los teatros, que se adaptaba sobre la caja harmónica del instrumento.

Bajo el número 163 del catálogo, figura el cuarteto de arcos del insigne maestro, colección de cuatro soberbios instrumentos, cuyo valor es incalculable en vista de su mérito intrínseco como fabricación, y de su procedencia.

He aquí los nombres de los fabricantes:

- a). Violín de Nicolás Amati, 1690.
 - b). Violín de José Guarnerius. Cremona, 1718.
 - c). Viola de Vincenzo Ruger. Cremona, 1690.
 - d). Violoncello de Andreas Guarnerius. Cremona, 1675.
- Cuatro arcos, cuatro fundas y dos cajas para los violines.

En dos de esos instrumentos aparece grabado el sello de Beethoven.

Entre los varios objetos que pertenecieron al maestro, figuran los siguientes :

Una pequeña estatua de bronce.

Dos pares de antiparras.

Colección de útiles de escritorio.

Un sello de bronce.

Un reloj de mesa de la época.

Dos bastones, uno de ellos con un pequeño casquillo de plata con grabado de la inicial *B*.

Unas tijeras.

Un mechón de cabellos grises.

Una navaja de afeitar, etc., etc.

La colección de autógrafos musicales y manuscritos de Beethoven que ostenta el Museo de Bonn es, sin disputa, la más rica y valiosa de cuantas existen en Europa. No cabe en este lugar su enumeración; por eso me limito á entresacar del Catálogo los números de mayor importancia, anticipando la observación de que no se conservan sino pocas obras íntegras, y abundan los fragmentos y bosquejos.

He aquí los principales :

25 páginas de partitura de la *Misa solemne*.

136 páginas de partitura de la 9ª *Sinfonía*.

Sinfonías 4ª, 7ª y 8ª.

Obertura de *Fidelio*, final del acto primero, y *Recitado y Aria* de Florestan.

Romanza para violín, Op. 40.

Romanza para violín con orquesta, Op. 50.

Cuartetos (B. dur., Op. 130), Op. 131, Op. 132, Op. 135.

El divino *Trio*, Op. 97, para piano, violín y violoncello.

La *Sonata* para piano, Op. 101.

La famosa *Sonata* conocida con el nombre de « A la luz de la luna ».

Varias Romanzas, Cantatas, Trios y Arietas para canto.

Entre los manuscritos de cartas y documentos figura en primera línea el célebre testamento de Beethoven firmado en Heiglstadt el 6 de Octubre de 1802, y varias epístolas dirigidas á la Condesa Brunswick, á Eleonora von Breuning y á Wege-ler.

*
**

La noche, esa noche precoz del otoño europeo, había tendido ya su manto cuando el amable guardián del Museo me condujo hasta al umbral de la humilde casa de Beethoven. Al desembocar en aquella callejuela triste y oscura, sentíame como confortado y animoso. ¿Sería por la sola satisfacción proporcionada por la realización de uno de tantos deseos ardientemente anhelados? Parece que no : es que si hay emociones que deprimen, otras sacuden el organismo y parecen imprimirle vigor y vida. Por eso aún me complazco en evocar uno de los recuerdos más profundos y gratos de mi vida. El recuerdo de una emoción suele ser más poderoso que la emoción desconocida. Esto lo saben bien todos los que aman y todos los que admiran y veneran.